

tivos indispensables, las máximas fortificaciones rojas, cuidando de no tocar con los terribles proyectiles el resto de la ciudad. Al cabo de unas horas entró en juego la Artillería, protegiendo nuestro difícil avance. Entonces las unidades rojas se hicieron fuertes en el Castillo, en la Catedral, en el Seminario, en el Convento de las Ursulinas...

Pero, entre el silbido de los "pacos" y el tableteo mortal de las ametralladoras, las Agrupaciones Palacios y Sotelo, constituidas ya en Columna Marzo, se cerraban con calculada precisión sobre la ciudad en forma de herradura, dejando de intento abierto un portillo a la huida del enemigo, asombrado y nu-

meroso, ya que con nuestros mermados efectivos otra cosa no era discreto hacer.

Como una tromba cayeron las guerrillas, a las doce y media, sobre la población, salvando a pecho descubierto los dos kilómetros que nos separaban de los primeros edificios. Palacios, el primero siempre, con la barba ennegrecida y su decir enérgico, llameante, arengó a la tropa: —¡Adelante, muchachos, por Dios y por España! ¡Viva Franco!

Se encarnizó la lucha. Cayó la estación en nuestro poder, el Hotel Elías y una barriada entera. Las tropas de Sotelo se batían por el otro lado, como leones, y nosotros intentábamos llegar a la Alameda, para atacar desde

*Guadalajara: Torija, antes de la guerra. (Foto Marqués Santa María del Villar.)*

